

## Prólogo a la tercera edición

Al revisar la edición anterior me encuentro con la grata sorpresa de que todo el libro ofrece y destila las mismas perspectivas en las que sigo trabajando. He tenido que modificar poco. La globalización, el auge de la Inteligencia Artificial, los valiosos descubrimientos en el mundo sanitario y tecnológico no ocultan ni pueden poner en un segundo lugar lo esencial, lo que trasciende el tiempo y el espacio, lo que incide amablemente en el bien de cada persona y en la sociedad: esa capacidad de arriesgarse a amar al otro en su debilidad y en su grandeza, fortificando las redes de convivencia y de ciencia que todos anhelamos y necesitamos.

Claramente lo expuso Benedicto XVI en el núm. 74 de la Encíclica *Caritas in veritate*: «En la actualidad, la Bioética es un campo prioritario y crucial en la lucha cultural entre el absolutismo de la técnica y la responsabilidad moral, y en el que están en juego la posibilidad de un desarrollo humano e integral. Este es un ámbito muy delicado y decisivo, donde se plantea con toda su fuerza dramática la cuestión fundamental: si el hombre es un producto de sí mismo o si depende de Dios. Los descubrimientos científicos en este campo y las posibilidades de una intervención técnica han crecido tanto que parecen imponer la elección entre dos tipos de razón: una razón abierta a la trascendencia o una razón encerrada en la inmanencia».

Aprendí también de Benedicto XVI que la visión ética propia de la fe en Cristo no constituye algo exclusivamente cristiano, sino que es la síntesis de las grandes intuiciones morales de la humanidad, pues todo hombre tiene necesidad de la trascendencia y de la ética. Es más, aunque la negación de estas últimas puede conducir inicialmente a una exaltación apasionada de la vida, pronto deviene en la náusea de esa misma vida y en la banalización de sus satisfacciones.

Para evitar ese decaimiento de la propia felicidad, entre tantas cosas buenas y útiles, el lector de esta nueva edición puede aprender y saborear en la aventura de

su vida el tender puentes entre lo permanente y lo cambiante, con un modo renovado de mirar y admirar la verdad de la vida humana.

Ese temple bioético abre un reto de confianza al hombre del siglo XXI, en su capacidad para la humildad intelectual y moral, en su capacidad para la tolerancia y la flexibilidad e incluso para su habilidad negociadora, como defendía mi maestro Gonzalo Herranz. Eso es lo que deseo. No sofoquemos a nadie la capacidad de vivir y de vivirse, ya que cada vida está dotada de sentido. La verdadera razón y finalidad de la convivencia humana es dar a la persona la posibilidad de difundir en otros su propio bien y de ser ayudado por los demás.

GLORIA M<sup>a</sup> TOMÁS Y GARRIDO